

LA REPUBLICA DE LAS LETRAS

Lo he escrito en estas mismas páginas más de una vez, en vida de Franco o en el reinado de Don Juan Carlos; se lo expliqué muchísimo más largo a la madre del Rey, en París, en el hotel Maurice, en presencia de dos damas españolas de gran estirpe monárquica, cuando Don Juan Carlos no era aún ni Príncipe de España. Si me hiciesen un análisis de sangre política, además de universal con Rh positivo, se ve que mi sangre es republicana, lo que no quiere decir absolutamente nada práctico en 1977, porque también mi bisabuelo Antonio Piazuelo era carlista, lo que viene a ser algo así como leer la «Sonata de invierno», de Valle-Inclán; quiero decir que hoy, en 1977, hasta para los españoles republicanos de herencia la República no pasa de ser un tema que hasta puede ser objeto de brillantísimas peroratas, sesudos estudios, maravillosos textos, gestos tribunicios y manifestaciones callejeras que, como la discusión sobre el sexo de los ángeles, no lleva absolutamente a ninguna parte.

Viene todo esto —ya lo han comprendido ustedes, que no tienen un pelo de tontos— a propósito de las declaraciones de fe republicana de algunos miembros del Partido Socialista, que saben exactamente igual que yo hasta dónde el tema es hoy en España pura literatura y ganas de lanzar discursos en las Cortes el día que el tema salte en los Plenos que han de resolver la Constitución.

El PSOE no nos engaña a nadie, y supongo que no lo intenta; sabe que la Corona cuenta hoy en España con la adhesión sincera de muchos, la simpatía manifiesta de la mayoría y la defensa decidida de una mayoría aplastante de ciudadanos sensatos y realistas que no tienen la menor intención de aceptar una discusión a nivel nacional sobre las formas de Estado, con los problemas que se nos vienen encima. Era precisamente a ese de la forma de Estado al que le teníamos más miedo, miedo que nos había llevado a los límites del pánico con el famoso «Después de Franco, ¿qué?», de don Santiago, y ahora que hemos visto ya que, en lo que se refiere a la forma de Estado, después de Franco la sucesión ha sido un éxito de realismo y moderación, de tacto y adaptabilidad, de salto al capítulo siguiente de la historia sin trauma alguno, para admiración de propios y extraños; ahora el tema éste de las formas de Estado simplemente no es de recibo entre la masa y queda relevado a la categoría de los sexos de los ángeles políticos.

Sabemos muy bien que para el PSOE, como para mí, que no soy del PSOE, ni de nadie, y de ahí beben las fuentes de mi independencia al escribir, existe una tradición republicana; pero habría que saber lo que hubiese pensado de la Monarquía Pablo Iglesias si hubiese topado con la inglesa en lugar de topar con la española de su tiempo. No parece que le haya ido nada mal a los partidos socialistas europeos con sus monarquías. No olvidemos que la sociedad socialista que hemos venido en llamar «el modo de vida escandinavo» se ha cocido y fraguado bajo monarquías que aún le dan cobijo.

Yo estoy muy lejos de ser más lista que Felipe González, Alfonso Guerra, Nicolás Redondo, Enrique Múgica o Peces-Barba, a quienes les consta un ramalazo de simpatía personal que siento por ellos, y si no les constaba, pues que la apunten; pero siendo más tonta que ellos, les veo el plumero como se lo ve media España. Su famoso tema de las formas de Estado a la hora de discutir el articulado de la Constitución es una carta en la manga, un comodín, que jugarán en el momento oportuno. «Yo te doy la Monarquía a ti (entre otras cosas, porque estoy de acuerdo con la Monarquía) y tú me socializas un poco la Constitución.»

Eso ha tenido de bueno la publicación del proyecto de borrador de la Constitución, que nos hemos enterado del tema los españoles de a pie y que podemos advertir a los españoles de escaño (en las Cortes) que no nos engañan, o nos engañan muy poco, y que asustan muy poco cuando gritan que viene un lobo que todos los españoles sabemos que está muerto. Las «cómicas parlamentarias» se transparentan desde una legua, y el tema de la República, a estas horas, es ya como leer la «Sonata de invierno», puro asunto de la república de las letras.

Pilar NARVION